

LA JUVENTUD CATÓLICA.

SEMANARIO RELIGIOSO, CIENTIFICO Y LITERARIO.

Eco de la Academia del mismo nombre.



HONOR Y GLORIA Á LA MADRE DE DIOS,
Inmaculada desde su Concepcion.

Hoy celebra la Academia *Juventud Católica*, en union de las demás Asociaciones, la solemne funcion religiosa que anunciamos en nuestro número anterior.

Los Católicos Almerienses, que como nosotros lamentan los males de la Iglesia y la afliccion de su Vicario el inmortal y bondadoso Pio IX, victima de las mas negra de las ingraticudes, unirán hoy sus fervientes súplicas á las nuestras, para alcanzar del Dador de todas las gracias por la intercesion de María Inmaculada, dias de paz y ventura para la Iglesia y el remedio eficaz para curar los males que por todas partes nos rodean.

Así esperamos conseguirlo de la que preservada de toda mancha desde el instante de su concepcion, fué el compendio de todas las maravillas y la depositaria de todas las gracias.

Así lo esperamos conseguir de la Madre de Dios, que tambien lo es de los hombres, no dudando dispensará supoderoso valimiento á el que colocó elmas precioso floron de su corona, declarandola pura y sin mancha, desde el instante de su Concepcion,

Así lo esperamos, en fin, de la Reina de los Angeles, que no desoirá los ruegos de doscientos millones de católcicos que á una voz se dirigen á ella, diciéndole de lo mas profundo de sus corazones:

Virgen Inmaculada proteged la Iglesia y su cabeza visible.

LA JUVENTUD CATÓLICA.

SUMARIO.

— *La Razon, por Don Bartolomé Carpen-
te Rabanillo. — La Indiferencia es un crimen,
por D. José del Olmo. — Cartas de un jóven Católi-
co, por D. Juan Murcia Torregrosa. — Galileo, por
D. T. V. T. — Advertencia.*

LA RAZON.

La soberbia, el orgullo, siempre domi-
nando el mundo.

La oscura niebla que embolviera al hom-
bre, cuando feliz gozaba las delicias, que jun-
tamente con la existencia, le dió su Hacedor,
aun no se ha disipado; y el eco soberbio
«eritis sicut dii» que atonó el Edén, que el
hombre tenía por morada, todavía repite es-
candaloso aquellas palabras de maldicion,
que envueltas en la pecadora manzana, que
regaló Satán, saborearon nuestros primeros
padres.

El hombre que cada vez aparece mas pe-
queño, en proporcion que quiere confiar solo
á sí, ha puesto de manifiesto en todos tiem-
pos esta verdad, y por mas que se ha esfuerza-
do en ensalzar las facultades humanas, al par
que su progreso, hasta hoy no ha podido agre-
gar una sola á las que su Dios y Señor le
donara.

Lo que es, lo que puede el hombre, lo
vemos en Adán compendio de su innumera-
ble descendencia. El estudio de aquel es el
estudio del hombre, de todos los siglos y de
todas las edades.

Este punto de partida no deben olvidar lo
los idólatras de sí mismos, envaneidos por los
dones que enriquecen su alma. Recuerden
que no son suyos y vean la falsa posicion en
que se colocan.

Reconocemos las excelencias de la razon
y somos los primeros en admirar el precioso
don que eleva al hombre sobre el plano de
todas las cosas, criadas y visible. Somos los
primeros en ensalzar el dominio que tiene
esta facultad, sobre cuanto saliera de las ma-
nos del Omnipotente, al par que la existencia
de Adán, siempre y cuando esta facultad no
se estralimita de su verdadera esfera de ac-
cion. Siempre y cuando no pase mas allá
del limite que su autor le pusiera.

Todo lo existente tiene su centro, dentro
del cual obra. El pez el agua, el ave el aire,
los animales la tierra, y así lo demás. Así,
pues, como no podria obrar, ni existir el pez
si saliese del agua, ni el ave si saliese del
aire, ni el animal sin la tierra, del mismo
modo el hombre que tiene su centro, su esfe-
ra de accion dentro de las cosas criadas, de
las naturales, no puede obrar ni existir si sa-
liendo de aquí, quiere pasar á otro órden que
no conoce, á otra esfera que no es la suya, á
otra region que atendidas sus fuerzas no pue-
de llegar. Lo sobrenatural será su limite y
será su limite por que fué puesto por el mis-
mo que graduó el don que tanto le en-
salza.

Esto que tan claro es, que es tan conoci-
do, pues á cada momento lo tocamos, quiere
olvidarlo el hombre para seguir en su delirio
el camino que le conduce á su embrutece-
miento; porque no hay que dudarlo, el precio-
so don que enriquece su existencia y que tan-
to le eleva, otro tanto le abate y le empeque-
ñece cuando sale á regiones vedadas por el
limite de sus fuerzas, ó cuando confiando so-
lo en sí, quiere llevar á cabo empresas en que
estriba el cumplimiento de sus deberes.

No hay que dudarlo un momento, la ra-
zon humana por sí sola *independiente* de la
luz divina, de la revelacion, no solo no prede
dar un paso en el camino de las ciencias, de
la perfeccion, sino que antes por el contrario
se precipita en los mas crasos errores.

Esta verdad tan evidente, cuya primera
demostracion tuvo lugar en la infancia del
mundo y que tantas veces se haya repetida,
parece quieren desconocerla los *sábios* mo-
dernos que continuamente atronan nuestros
oídos, con la excelencia de la razon, la que
considerandola por sí suficiente, dicen no ne-
cesita de ningun auxilio para enseñar al
hombre sus deberes religiosos y morales, para
con Dios su autor.

Poco hemos de molestarnos para rebatir
este error, que tan solo con recordar la
suerte del primer hombre, queda disipado
cual ligerísimo humo. Pero nosotros prescin-
diendo de esto, al par que de encontrarnos
en el siglo XIX, porque así lo hacen para
errar los sábios modernos, abriremos la his-
toria de las vicisitudes porque ha atravesado
la humanidad y recorriendo sus instructivas

páginas les haremos notar la futilidad de sus argumentos al par que la mala fé, pues no queremos apellidar estúpidez á la ciencia moderna.

¿En qué se diferencia, de la nuestra, la razon de aquellos pueblos que se hayan aun sumidos en la barbarie, dormidos á la sombra del error, oscurecidos por las tinieblas compactas de las mas degradante de las ignorancias? ¿Por qué causas estos hombres dotados del mismo sentimiento y de la misma razon que nosotros, no han podido hasta hoy formar ningun sistema de religion y de moral? ¿Qué influye en ellos para encontrarse tan atrasados, hasta el punto de desconocer el medio de formar aun las cosas que le son de necesidad para los usos de la vida, y vagan por los montes y las selvas perdido todo indicio de su racionalidad? ¿Qué contestan á esto los reformadores del siglo XIX?

Mas valiera que mientras os ocupais en soñar con vuestro poder orgulloso, dirigierais una mirada compasiva á esos pueblos desgraciados que gimen en la barbarie y procurárais llevar la luz de la civilizacion á aquellas inteligencias que se hayan oscurecidas. Mas valiera que á imitacion de los heroicos ministros del santuario, de los hijos de la Iglesia, de los misioneros catolicos, contra quienes declamais y cuya conducta es censurada por vosotros, cogierais una cruz, que cual refulgente antorcha brilla iluminando cuanto haya á su rededor, y fuerais á civilizar á aquellos vuestros hermanos y no atronárais nuestros oidos con las luces, civilizacion y progreso fingidos de que sois entusiastas admiradores de palabra, mientras de hecho amais, quereis y predicais el oscurantismo, la barbarie y la desmoralizacion.

Es inútil que repliqueis: No podeis escusaros de estas calificaciones que me autorizan vuestra conducta y así no extrañeis que salude en vosotros á los *oscurantistas del siglo XIX*.

Oscurantistas si, porque inútilmente pueden apedillarse con otro nombre, los que conociendo la historia se atreven á aseverar que, *la razon independiente* de la revelacion puede ofrecer á los hombres una religion perfecta y conducirlos al primer grado de cultura ó de civilizacion.

Esto es una paradoja. Abramos sino el libro donde están consignados los hechos di-

versos que constituyen la historia del mundo y hojeando sus páginas retrogradamos indagando sus progresos hasta llegar á su origen. Allí aprenderemos de donde emanaron los conocimientos. Así veremos el grande manantial de la divina comunicacion que riega y fertiliza las inteligencias, distribuyendose y propagandose en mil arroyos saludables por las diferentes regiones de la tierra. Allí se oscurecerán nuestros ojos en las tinieblas que cubren á aquellas regiones que aun no han penetrado los conocimientos revelados, y nuestro corazon no podrá menos de entristecerse al ver los hombres destituidos de todos los verdaderos sentimientos religiosos y morales; y aun mas, inmóviles, sin haber dado un paso siquiera para salir del lamentable estado de barbarie é ignorancia, en que se hayan.

¿Qué dice la historia, con estas saludables enseñanzas á los sábios modernos? No es esta una prueba suficiente para poner de manifiesto la impotencia de la *razon independiente*? No es esta una demostracion de que la razon humana, aunque sea capaz de los progresos de las ciencias, ha necesitado siempre que la instruccion sobrenatural sentase los primeros fundamentos? ¿Cómo, sinó, puede esplicarse que una porcion del género humano haya progresado tanto en la adquisicion de las verdades religiosas, morales y filosóficas; que tanto haya perfeccionado la politica, la legislacion, el comercio, etc., mientras que otra, dotada de las mismas facultades naturales haya quedado por igual número de siglos en un estado nada superior á los brutos, sin gobierno, sin letras, sin leyes, sin vestidos, ni habitacion, degollándose los unos á los otros para saciar su venganza y devorándose mutuamente para aplacar su hambre?

Digan lo que quieran los adversarios; esto es una prueba inequívoca de la necesidad de la revelacion al par que del poco valor de la razon por sí para dirigir al individuo al fin para que su autor le destinara.

Y no habia de suceder esto así? ¿Qué nos dice la experiencia de la suerte que corren, en nuestros dias, los hombres que se abandonan á si mismos? Tan pronto como en cualquier tiempo la razen se debió, otras tantas arrebatada por la locura vino á precipitarse en el lodazal inmundo de la ignoran-

cia admitiendo y abrazando lo que jamás hubiera ocurrido á los pueblos más salvajes de la tierra. Inútil fué su empeño al adornarse con el pomposo título de Filosofía, lástima de nombre tan respetable para una cosa tan baja. Inútil fué el que digese que el amor á la sabiduría era su aspiración, pues de ninguna manera los pueblos creyeron eran filósofos los que en tanto enseñaban no había Dios, ni vida futura, en tanto que nada se diferenciaba, la virtud del vicio, y que la misma suerte esperaba á S. Agustín que á Voltaire, y aun más, que «el libre albedrío era una quimera, el alma una locura y la eternidad un sueño.»

Esta ha sido siempre la conducta de la razón, cuando separándose del camino de la verdad y rompiendo todo lazo de dependencia, ha vagado á su placer no temiendo negar aún los principios más conocidos, y las verdades más palpables.

El sentido común nos dice que puede esperarse de este guía tan ciego y presuntuoso en los intereses más grandes de la humanidad; la religión y la sociedad. Es inconcuso, que la razón en su mayor grado de perfección y en las doctas escuelas de Grecia y Roma jamás pudo formar una regla de moral como la que enseña el Cristianismo. Ahí está en apoyo nuestro la historia diciendonos la suerte de todos los filósofos.

Con estas ligeras observaciones hemos intentado poner de manifiesto cuán infructuosos son los esfuerzos de la razón, por sí, para indicar al hombre sus deberes y conducirlo al grado de perfección á que puede aspirar.

Antes de concluir estas, mal trazadas, líneas queremos hacer notar de paso, cuanto es nuestro sentimiento al ver que se empeñan algunos ilusos en cubrir con el manto de la Filosofía los abusos de la razón y de la libertad, que son los que degradan la parte más principal de nuestro ser y nos hacen más estúpidos que los salvajes y más viciosos que los brutos. ¡Que profanación! El nombre de filosofía, «de amor á la sabiduría» colocado como patrocinador de los errores que condena como principios y la inmoralidad que reprueba como consecuencias de los principios de la sabiduría. ¡Qué puesto dan los modernos filósofos, á la ciencia que siendo verdadera subordina la razón á la revelación, llenando de

luz y de virtudes á los hombres y á las sociedades!

Quizá en las columnas de nuestro semanario estudiemos como se merece esta importantísima cuestión.

B. CARPENTE RABANILLO.

Como verán nuestros lectores, en el lugar correspondiente, empezamos á insertar las «Cartas de un Joven Católico» que nos remite nuestro distinguido consocio Sr. Murcia Torregrosa.

No queremos tributar públicamente el elogio que merecen los escritos de tan aplicado joven, tanto porque nuestros lectores han de convencerse del mérito del trabajo, cuanto porque tememos ofender la modestia del Sr. Murcia.

LA INDIFERENCIA ES UN CRIMEN.

En las actuales circunstancias por que atraviesa el Mundo, dos son los caminos que se nos presentan. El uno es al parecer escabroso y lleno de dificultades, pero que, reflexionando se vé que más bien que insuperables, son ligeras; el otro es á nuestra simple vista ancho y sin tropiezos, pero después, fija nuestra atención, descubrimos bajo las falsas flores y mentidas comodidades con que se engalana, miles de precipicios y contrariedades de que está rodeado.

El primero es el de la Fé, Esperanza y Caridad: en su tránsito se hallan delicias y felicidades verdaderas, y á su término venturas, paz, descanso y consuelos sin fin.

El segundo es el de la *indiferencia religiosa*, el cálculo frío del interés en nuestros obras, el insolente orgullo, y todo lo que nos pueden dar y nos dan nuestras pasiones desbordadas. Este por el contrario conduce el remordimiento, á la desventura.

Hombres hay que, olvidando ó haciendo por olvidar los beneficios que deben á su Hacedor; pretenden en su malvado orgullo no solo igualarse á El, si que también sobreponerse, dirigiendo sus acciones para destruir ¡insensatos! la obra del Creador, y con su inmunda lengua maldicen su sacrosanto nombre, sin comprender en su locura, que contra Dios nadie puede, y que sus tiros se vuelven contra ellos, destruyendolos completamente y haciendoles sufrir crueles desengaños, cuando no justos remordimientos y penalidades.

Otra clase de hombres hay que, sin declararse abiertamente contra Dios, admiten ó consienten esas blasfemias contemplando *indiferentes*, los ataques que los impíos inflieren á su santa Iglesia; sin vez que se hacen reos de la celeste maldición con su *prudente indiferencia*, y que sufrirán las mismas penas y castigos que los réprobos blasfemos.

Hoy que el Representante augusto de Jesucristo, el guardador de nuestra fé, el inmortal y noble Pio IX, se halla vilmente aprisionado (por esos vendidos sin pundonor, escoria de Italia;) *la indiferencia es un crimen*, crimen inaudito, porque es el del parricidio; ¿no es criminal y vergonzoso, el permitir que á nuestra propia faz padesca nuestro comun Padre, solo porque es Vicario de Cristo? ¿No es sacrilego é infame, el contemplar impasibles las persecuciones á Ntra. Madre la Iglesia?

¡No, Católicos del Mundo! vosotros no permitireis que los impios y malvados se vanaglorien de su triunfo. No, sacudireis la indiferencia; que por desgracia abunda mucho; y correréis á salvar á N. S. P. mostrando á los sacrilegos, que si sabeis perdonar las injurias que os infieren continuamente, no podeis, ni debeis perdonar las que dirijan á la Iglesia y al Papa (que es á Dios á quien se dirigen) porque si tal hicierais, seriais tan réprobos como ellos y merecierais el mismo castigo.

La Iglesia, nunca, nunca puede perecer y siempre se alzará cual radiante aureola, por cima de todos los que trabajan para su ruina, destruyendo sus maquinaciones; pero si bien ella no perecerá, nosotros, si no corremos como fieles hijos á favorecerla y á salvar á su Jefe de las garras de sus opresores, si pereceremos.

¿Merecemos pues, ser llamados hijos queridos del Vivificador de todo cuante existe, si despreciando las necesidades de Ntra. Madre, no lo sacrificamos todo, absolutamente todo, por su triunfo?

¡Oh! Dios en su suprema sabiduría nos quiso imponer esta prueba; salgamos bien de ella, porque si no ¿qué méritos alegaremos en nuestro favor, cuando seamos llamados ante su escelse Trono, y seamos preguntado por El: ¿Qué hicisteis cuando visteis atacar á mi Casa? ¡Oh! entonces contestaremos: Señor, la demasiada *indiferencia* nuestra, nos hizo forjar mil disculpas para abandonarla. ¿No sabiais que era vuestro deber el socorrerla y el favorecer á mi Vicario? Sí, Señor, mas queriamos ver un milagro. ¿Quién sois vosotros, miserable polvo, para juzgar mis actos; no sabiais que os puse en esa pequeña prueba para ver vuestro amor á mí? ¿No sabiais que el que no lo abandonase todo, todo, por seguirme no podia ser mi discípulo? (1) Vosotros que por vuestra soberbia desatendisteis mi voz; vosotros que os contentais con solo *cuatro palabras* para defender á mi Representante, pero que no hicisteis ánimo á socorrerlo con hechos: vosotros que no tuvisteis Fé y Esperanza en mí y Caridad para con nuestro Padre; id, os digo, malditos de mi Padre y míos á habitar por eternidad de eternidades con Satan, pues con vuestra criminal y sacrilega *indiferencia*, os habeis hecho cómplices de él é indignos de mi Gloria.

No, no nos hagamos reos del celeste anatema; no vacilemos mas; tengamos Fé y Dios será con nosotros.

A vosotros Españoles, en primer lugar, dirijo mi débil voz; mostremos que aun alienta nuestros pechos la noble sangre de S. Fernando; que España

sea la primera nacion en favorecer á ese noble y venerable anciano; rompamos sus cadenas; mostremos ser fieles y dignos hijos de aquellos que merecieron la alta honra, de que la augusta Reina de Cielos y Tierra, asentase su sagrada planta en su pátria: ¿no reoirdais á aquellos inclitos héroes, que lo abandonaron todo, Pátria y hogar por reconquistar los Santos Lugares que hollaron con su planta los Turcos? Pues bien, si ellos reconquistaron esos Lugares, nosotros debemos con mayor motivo, abandonarlo todo y correr á reconquistar los fueros y derechos de Dios y á defender á nuestro Santo Padre, volemós á reconquistar la Ciudad Santa, regada con la sangre de tantos millares de mártires y hoy profanada por esa horda de asesinos; esa Ciudad es nuestra, es de todos los Católicos y por consiguiente debemos pedirla, debemos reclamarla, debemos recobrarla.

José del Olmo y Esquinas.

(REMITIDO.)

CARTAS DE UN JOVEN CATOLICO.

I.

Queridos Compañeros.

Digna sí, pero difícil y tristísima es la obra que hace poco habeis empezado, y que deseais llevar á efecto en unos tiempos tan funestos y fatales como los que tenemos la desgracia de presenciarse.

La propagacion y defensa de las ideas católicas, superiores á toda idea, imperada por la fuerza del convencimiento y alentada con la confianza de la abnegacion, es la empresa mas loable y digna que emprender pudieran unos corazones, que como los vuestros, apenas han entrado en los albores de su juventud.

Empero no á esto solo se concreta el mérito y dignidad de vuestra tarea: mas brillo aun y esplendor le dan las circunstancias presentes, que, como todos sabemos, no son muy apropiado ni las mas satisfactorias. Tended sinó uno mirada, superficial no mas, sobre la Europa moderna, y sin necesidad de molestaros en enumerar citas históricas, formareis un juicio exacto y un retrato fiel de su situacion tanto política, como moral y religiosa.

En política, la ambicion y el positivismo: en moral, el cinismo y la desvergüenza; y en religion, la incredulidad y el ateismo. Hed aquí les tres feas manchas que cual legados transmitirá la Europa *civilizada* á las generaciones venideras; hed aquí los tres negros

(1) San Lucas c. XIII v. 33.

nubarrones que oscurecen el siglo de las luces; ved aquí los tres horribles tildes que le caracterizarán en el libro de los tiempos y en la vida de las edades.

Mucho, en corroboracion de lo que acabo de decir, pudiera manifestaros en esta mi primera carta, mas el temor de hacerme cansado ó molesto, trascribiendo hechos que vosotros mismos palpais, me hace desistir de tan penoso trabajo y limitarme solo á algunas pocas apreciaciones, que por lo comunes y vulgares, necesito vuestra indulgencia.

En política, la ambicion y el positivismo. Decidme; ¿quién sinó la ambicion y el positivismo es el resorte y ege que mueve todas las revoluciones?

La ambicion y el positivismo dieron un grito en las aguas de Cádiz, y la ambicion y el positivismo llevó el eco á la capital de la península logrando derribar un trono y con él una dinastía. La ambicion y el positivismo se disputaron la suprenacia, ó la batuca, mejor dicho de la Europa, entre las naciones beligerantes, y esa misma ambicion y ese mismo positivismo, despues de derribar otro trono y otra dinastía, despues de traer el luto, la desolacion y la orfandad á la Francia orgullosa de Bonaparte, nos presenta el espectáculo de París, centro de ilus racion, foco de ciencias, modelo de artes é industrias y cuna de los sábios de Europa, armada de fusiles de aguja y ametralladoras y rodeada cual una ciudad antigua de murallas y cañones. La ambicion y el positivismo hizo rodar por el lodo el trono de Nápoles y su dinastía; y esa misma ambicion y ese mismo positivismo han lanzado del trono mas noble de los tronos del mundo, al rey mas grande y digno de los reyes del universo dejandole villanamente prisionero.

La ambicion lleva los ojos de Rusia hacia el Oriente; la ambicion inclina el corazon de los Estados-Unidos hacia la América. ¿Desearís más? Pues sabed que la ambicion y nada mas que la ambicion, el positivismo y nada mas que el positivismo, han hecho que la legitimidad y el derecho mane de las revoluciones, y que sustituya la usurpacion á la justicia.

Empero aun hay mas. Si deplorable á

mi pobre juicio aparece la política europea, mucho mas lamentable se presenta á mis ojos su moral social.

Os he manifestado anteriormente que el cinismo y la desvergüenza eran los caracteres que mas sobresalian en este estado; y en efecto, aun cuando miope en materias como la actual, paso á justificarle semejante acusacion.

Reparad no mas ese cinismo y desvergüenza con que se ultraja el respeto y obediencia á las autoridades; ora de hecho, ora de derecho constituidas, base la mas sólida del orden, y principio el mas fundamental de toda buena organizacion, y vereis que lo unico que en Europa han producido esos gérmenes de doctrinas demagogas y revolucionarias ha sido el desorden, la insurreccion.

¡Desorden é insurreccion! Ved los dos actos constatemente puestos a la orden del dia en España, en Francia, en Italia y en casi toda la Europa. Ved dos palabras que determinan nuestro hoy aciago, y que auguran nuestro mañana anárquico.

Con el mayor cinismo se considera á las clases; con la mayor desvergüenza se calumnia á las instituciones; con el descaro mayor se ataca al decoro y honestidad, y con la mayor impudencia se satisfacen las pasiones. La honradez escarnecida; la propiedad en peligro; y la hacienda patrimonio de unos cuantos. En cafés, casas de prostitucion y casas de juego, progreso; en ciencias, artes é industrias, paralización.

Tales la moralidad de nuestro siglo. Veamos sus creencias religiosas.

La impiedad y el ateismo en materias de religion es tan usual y comun en nuestra época como las fracciones y partidos en política. ¡La luz de la fé se ha estinguido en muchos y amortiguado en casi todos, merced á la propaganda del racionalismo, sectas protestantes y sociedades secretas!

España la nacion mas católica del mundo; España el país mas predilecto de aquella Virgen de Nazaret; España preciosísimo plantel donde jamás fructificó la cizaña ni otra semilla nociva á la doctrina del Crucificado; España en fin que con la fé y por sola la fé alcanzó las mayores glorias y consiguió los mas heróicos triunfos que se registran en las

grandes páginas de la historia, ha venido á ser en nuestros días una de tantas indiferentes, que hacen de la religion y de sus ministros meramente una institucion humana, que calumnia de nea, oscurantista, clerigalla y otros mil dictados injuriosos, cuya mision y cuyas doctrinas solo son una farsa y un *modus vivendi* que no solamente desprecia, sino que aborrece y persigue.

Su imprenta, siempre dirigida y custodiada por la censura eclesiástica, ha venido á convertirse en un foco de corrupcion y en un semillero de teorías perjudiciales á la sociedad. Sus templos siempre mirados con el respeto y veneracion propios de la fé, han sido vilmente profanados por la piqueta revolucionaria y destinados al ensanche de plazas ó para oficinas de posadas. Los misterios mas sacrosantos del catolicismo espuestos á la burla, irrision y desprecio de gente soez é insensata. INCAUTADAS... pero ¿á qué me canso? ¡¡¡ Todos sabéis que para baldon é ignominia de nosotros y de nuestra pátria, en pleno parlamento se ha predicado y sostenido poco ha el ateismo y que gracias a escaso y reducido número de sectarios con que contaba esta idea no se procedió (imitado el ejemplo del parlamento francés del 95) á la votacion de «La existencia de Dios» como si fuera un proyecto de ferro-carriles ó una ley de ornato público!!!

Esto que ahora presenciarnos en España, no es otra cosa que lo que han presenciado en los últimos cinco siglos las demás naciones de Europa. ¡Gracias á Dios pues, aun cuando tarde, nos encontramos á la altura que debemos!....

Ahora bien ¿á vista de tantos y tan perniciosos males, desconfiaréis del fruto de nuestros trabajos? ¿Os arredrarán los escollos y dificultades que encontráis en vuestro camino, y que os es necesario superar y vencer? Seguro estoy, segurísimo, que en vez de desalentar vuestras esperanzas, reforzarán vuestras tareas la grandeza y sublimidad de vuestra causa.

Si empresa tal os acarrea, como de esperar es, la enemistad y maledicencia del mundo descreido é ignorante, no haced caso, pues en cambio os captará el aprecio y estimacion de las personas sensatas é ilustradas y el cielo bendecirá vuestras aspiraciones.

Sírvaos pues de estímulo las injustas calificaciones con que os apellide el populacho y tened siempre presente que nuestra causa lleva XIX siglos de esas mismas acusaciones impías, que constatemente ha calificado la razon y la filosofia de calumnias y errores imperados por la soberbia y mala fé de sus enemigos.

Seguid, seguid con el mismo amor y el mismo desinterés la defensa de la Iglesia católica; que confortados con la bendicion del grande é inmortal Pio IX, marchareis impávidos ante la incredulidad moderna, esperanzados en vuestros desvelos y confiados en que vuestros frutos serán pasada esta noche de vicios degradantes y pasiones turbulentas, cual preciosos y delicados matices que embellecerán la hermosa aurora del día de la verdad y de la justicia.

En este convencimiento quedo: y ya que mi inutilidad no puede secundar vuestro noble y digno pensamiento, recibid al menos del fondo de mi alma la mas cordial enhorabuena y contad al tiempo mismo con el afecto y cariño de vuestro mejor amigo y compañero.

Juan Murcia.

Oria 1.ª de Diciembre de 1870.

GALILEO.

El protestantismo hizo la noche en derredor de sí, se sustrajo á la mirada de la historia moderna, y la dirigió torva contra el catolicismo, acusándole de enemigo de la luz.

Sucedió á los protestantes lo que al que escupo al cielo. Obras maestras de la ciencia y del arte, de la fé y de la piedad, fueron destruidas por su furia: toda forma de lo ideal fué proscrita por sistema y condenada fanáticamente.

En el rostro les cayó. Ellos aparecen hoy á los ojos de los que no falsean la historia, como los ignorantes, como los perseguidores de la civilizacion y del progreso, por ellos tan cacareados.

Los Protestantes de buena fé han reconocido infundidas las acusaciones de sus patriarcas, y avergonzados retiraron el proceso.

Mas siempre resta algo de la calunia. Y este algo, que unos decantan por malicia y otros desfiguran por ignorancia, es LA CAUSA DE GALILEO.

Dicen que GALILEO fué perseguido por Roma, preso perpétuamente, declarado hereje, y condenado por la Inquisición, Presentan al genio sumido en el horror de un calabozo y trazando en sus infectas paredes el desesperado «*per si muove.*» Y todo por propugnar el sistema astronómico de Copérnico.

¡Qué mentir!

Veamos las causas de esta condenacion, valiéndonos para ello del testimonio de un protestante y de un amigo de Galileo.

Hé aquí lo que en Julio de 1784 escribía el disidente Mallet du Pan de Génova.

—«Si hemos de oír los patéticos relatos y las repetidas reflexiones que se leen en mil obras sobre este asunto, el físico toscano fué sacrificado á la barbarie del siglo y á la inopia de la corte de Roma: la crueldad se mancomunó con la ignorancia para sofocar al físico en su cuna, y no era dado á los inquisidores que una verdad fundamental de la astronomía fuese sepultada en el calabozo de su primer demostrador.

«Esta opinion es un cuento. Galileo no fué perseguido por buen astrónomo, sino por mal teólogo. «Se le hubiera dejado tranquilamente que hiciese examinar la tierra, si nose hubiese metido á explicar la Biblia. Sus descubrimientos le dieron enemigos; pero solo sus controversias le dieron jueces y su petulancia amargas pesadumbres. Si esta verdad es una paradoja, tal paradoja tiene por autor al mismo Galileo en sus cartas manuscritas á Guichardin y al marqués de Nicolini, embajadores de los grandes duques en Roma, y los dos (así como los Médicis) protectores, discípulos y celosos amigos del imperioso filósofo. En cuanto á los bárbaros de aquella época, los BARBAROS eran el Tasso, Ariosto, Maquiavelo, Bembo, Torricelli, Guichardin, fra Paolo Sarpi etc.»—

Guichardin amigo de Galileo, dice en sus despachos oficiales del 4 de Marzo de 1616:

—«Exigió que el Papa y el Santo oficio declarasen el sistema de Copérnico fundado sobre la Biblia. Galileo pone en esto un empeño extraordinario, hace mas caso de su opinion que de la de sus amigos.»—

Oigamos ahora al mismo Galileo referir su suplicio en una carta dirigida á su discípulo Receneri:

—«El Papa me creía digno de su estimacion. «Fui alojado en el delicioso palacio de la Trinidad del Monte. Cuando llegué al Santo oficio, dos jacobinos me invitaron con la mayor urbanidad á hacer

«mi apologia. Yo estaba obligado á retractar mi opinion, como buen católico. Para castigarme, se me prohibieron los diálogos, y se me despidió despues de cinco meses de permanencia en Roma. Como la peste reinaba en Florencia, se me destinó por habitación el palacio de mi mejor amigo Mons. Piccolomini, arzobispo de Sena en donde he gozado de pleno sosiego: hoy me encuentro en mi campiña de Arcetra, en donde respiro un aire puro cerca de mi querida patria.»—

(Se Continuará)

Para la funcion religiosa que hoy celebramos se ha repartido la siguiente invitacion:



REGINA SINE LABE ORIGINALI CONCEPTA.

LA Academia JUVENTUD CATÓLICA, en union con las demás Asociaciones de esta Capital, celebrará una solemne funcion religiosa el domingo 11 del corriente en la Iglesia de Santo Domingo, en honor de *María Inmaculada*, y para implorar su intercesion poderosa, en favor de la Iglesia perseguida, y de su cabeza visible, el inmortal Pio IX, hoy blanco principal de los tiros de la impiedad.

Por la mañana del referido dia, á las 8, habrá misa de comunión general. Á las 10 y media, misa mayor á toda orquesta y sermon. Por la tarde, ejercicios espirituales y despues de una plégaria, la bendicion del Santísimo Sacramento.

Esta Academia, conociendo los sentimientos católicos, que tanto le honran, invita á V. se sirva asistir, uniendo sus preses á las nuestras, para tan laudable objeto.

La Juventud Católica.

ADVERTENCIA.

Los Sres. suscritores de Provincia á quienes puntualmente remitimos los números de nuestro Semanario, se servirán enviar el importe de sus respectivas suscripciones, pues no contamos con otros fondos, para los gastos que la publicacion exige.

Almería.—Imprenta de la Juventud Católica.